

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

CUARTA INSTRUCCION.

SOBRE LA PRIMERA PALABRA DEL SIMBOLO.—CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA
CREENCIA CATOLICA.

*Hac est victoria que vincit mundum, fides
nostra.*

Lo que nos hace alcanzar victoria sobre
el mundo, es nuestra fe.

Joann. cap. V, v. 4.

1 He hablado, amados hijos, en mi precedente instruccion, acerca del Símbolo de la fe considerado en su origen y en su objeto. Tiempo es ya de entrar en sus pormenores, explicando con detenimiento cada uno de los puntos que contiene. Lo primero que se nos presenta es la palabra con que da principio y explica el asenso que damos á todas las verdades católicas, la palabra *creo*. Esta palabra no ha sido inventada por la Iglesia, ni comenzó á usarse desde que se instituyó su magisterio divino: su origen se pierde sin duda en el comun de todas las lenguas, pues representando en general un asenso dado á lo que no se ve, pero se tiene como verdadero, atendido al valor del testimonio, es claro que habrá existido ella desde que tal asenso existe, y en consecuencia que es contemporánea del hombre. Mas, cuando el asenso representado en esta palabra es el que damos á los dogmas de la fe, su significado la saca, digámoslo así, del dominio de la razon: ella entónces nos inicia en un órden enteramente nuevo, nos conduce á reflexiones de un carácter sobrehumano, encumbra nuestro pensamiento hácia la residencia eterna de la verdad, y dilata su mirada y su accion por las regiones inaccesibles del misterio. Apoyado sin duda en este carácter excecional que tiene la palabra *creo* en la doctrina católica, el Catecismo del Santo Concilio de Trento tiene mucho cuidado de inculcar, y quiere que se inculque á todos los fieles, cuál sea la significacion dogmática de esta palabra y cuál el carácter del acto interior representado en ella, ó lo que

es lo mismo, del asenso que, al pronunciarla ya dentro ya fuera de nosotros, prestamos á las verdades reveladas.

2. El concepto representado en esta palabra es tal, hijos carísimos, que nos arrastra necesariamente desde el individuo hasta la sociedad, pues que relativamente al primero es conocimiento sobrenatural, y en órden á la segunda es unidad de profesion, base del órden, elemento fecundo de civilizacion. El apóstol San Pablo, hablando de la virtud que ella representa, dice á los Hebreos "que por la fe entendemos cómo todas las cosas han sido hechas y dispuestas por la palabra del Señor," y el apóstol San Juan no duda referir á esta divina virtud lo que hai de mas admirable y sublime sobre la tierra, pues asegura que la verdadera victoria, la que pone á nuestros piés el mundo entero, es nuestra fe: *Hac est victoria que vincit mundum, fides nostra*.

3. Esta primera palabra de nuestro símbolo católico, *creo*, como designativa de nuestro asenso á las divinas verdades, debe ser vista, pues, como una palabra histórica y monumental en la marcha de la razon, objeto de las lenguas y destinos de la especie humana: pues por una parte recoge la verdadera historia del hombre, manifiesta su restauracion intelectual y moral, y por otra declara la revolucion inmensa producida por el cristianismo en las monstruosas creencias que profesó el mundo pagano por espacio de muchos siglos, y la depuracion ó institucion de la verdad, el conjunto de los principios de una nueva ciencia, las trascendencias de la verdad al bien: en suma, cuanto hai de mas verdadero, de mas perfecto, de mas santo y feliz en el cuadro intelectual, moral y am político de las naciones. Ora la consideremos como el signo representativo de un acto mental ó una profesion externa, ora estudiemos las relaciones de este acto con lo que representaba en un órden simplemente natural, ora nos elevemos hasta su origen y causa para saber el por qué y cómo de la nueva representacion que recibió de la doctrina católica, preciso es reconocer toda la exactitud de los conceptos que os acabo de expresar. Sin embargo, para comprender cuanto ella representa, no solo como significacion de una verdad divina, sino tambien en sus efectos universales, veamos aquí lo que ha importado la creencia católica, ya en la razon, ya en la conducta, ya en la sociedad. Tal es el objeto de la instruccion presente.

I.

4. Para conocer, amados hijos, lo que ha influido la creencia católica en los destinos de la filosofía, ó lo que es lo mismo, en el progreso y perfeccion de los conocimientos humanos, es necesario y suficiente considerar por una parte lo que habia sido la razon en su marcha mientras no contaba con la fe, y lo que despues que la revelacion divina y la creencia cristiana vino á extender el círculo de su accion, ya sobre la verdad en sí misma, ya sobre los pueblos.

5. La filosofía, es decir, el conocimiento natural de las cosas por sus causas, se ha mezclado hasta hoy y nunca dejará de mezclarse, bien ó mal, en cuanto puede ser objeto del pensamiento ó de la inteligencia humana. En los tiempos antiguos formó una ciencia de investigacion para el hombre intelectual, analizando escrupulosamente las

facultades y potencias de su alma, explicando su naturaleza espiritual y afirmando con la triple fuerza de la deducción, el sentimiento y la intuición su inmortalidad: hizo una ciencia del hombre moral, toda de consecuencias prácticas y formuló también otra para el hombre social y político, toda de aplicaciones. Cuatro mil años de trabajos, de investigaciones exquisitas y profundas, en que tanta multitud de sabios se hizo admirar, no tuvieron más objeto que perfeccionar la ciencia del hombre intelectual, moral y social. Sin embargo, amados hijos, esta triple ciencia no dejó nunca de estar trunca en su comprensión, tenebrosa y confusa en sus caminos y mezclada constantemente de errores y verdades. Vino empero la creencia católica, la palabra salida de Dios, hecha visible á los hombres, é instituida como un poder en la tierra, y entonces aquella triple ciencia tuvo, cuanto cabe, su perfección absoluta: el hombre intelectual quedó bien comprendido en el dogma, considerado en su naturaleza, principio, vicisitudes morales y restauración completa mediante Jesucristo: el hombre moral vió venir un torrente de luz y tendió su marcha sobre una línea rectísima tirada de Dios á Dios, dibujada en la Lei divina, hecha practicable por la gracia y custodiada siempre por la Iglesia; la sociedad atinó con su origen y su tipo, adquirió sus principios legítimos, comprendió su destino y encontró en las aplicaciones de la creencia y de la lei todas sus garantías. Extendamos empero un poco estas primeras ideas, comenzando por el hombre intelectual, para comprender hasta donde sea dado la revolución inmensa producida por la creencia católica en el reino de la razón humana.

6. "Hablando en rigor, la razón es la facultad de percibir clara y distintamente los hechos y sus relaciones, y de combinar unos y otras para extender los conocimientos humanos. La razón, por lo mismo, tiene su vida en el juicio, porque la razón obra juzgando. El movimiento del juicio considerado simplemente en la línea que describe, se llama *discurso*; en sus aplicaciones se llama *raciocinio*. El raciocinio es pues el instrumento, y el discurso el camino de la razón. Esto supuesto, procuremos observar lo que ha ganado la razón con la creencia; mas para ello debemos tener presente que la razón tiene un objeto que es la verdad, un inmediato fin que es la conducta, y un fin último que es la felicidad. La creencia en su línea tiene los mismos objetos, y los mismos fines." Ahora bien, ¿qué puede la razón por sí sola en este triple sentido? Ya os lo he indicado bastante, amados hijos, en mis instrucciones precedentes, sobre todo en lo que os dije hablando de la doble forma que tiene la verdad en el alma, y demostrando la necesidad de la revelación. En efecto, "la razón por sí sola no alcanza sino algunas verdades incompletas en el orden puramente natural: algunas, porque lo cierto, comparado con lo probable, lo dudoso y lo erróneo, es casi nada en la historia de la filosofía puramente racionalista de los tiempos antiguos; y verdades incompletas, porque fuera del Cálculo, que puede considerarse como una verdad facticia y meramente instrumental, todos los otros objetos de la investigación parecían conocerse solo por medio lado. La metafísica, la física, la filosofía moral, &c. &c., dieron el ser á un sin número de hipótesis y conocimientos conjeturales entre los sabios, mientras que la masa de los pueblos ni aun con esto contaba: absurdos, supersticiones; fanatismo. Hé aquí el resumen del espíritu y el carácter dominante en la razón común de la antigüedad pagana.

7. "No podía ser de otra suerte: faltábale puntos cardinales, esto es, hechos y principios incontestables radicalmente fijos en la inteligencia: faltábale pues todo, porque donde no hai un punto de partida ni un término seguro, el camino será tortuoso, vago y tenebroso. Estos puntos cardinales no podían ser la obra de la razón, porque ella nada inventa en materia de hechos y verdades: su capacidad está limitada solo al conocimiento de lo que existe y á la percepción de sus relaciones: su poder es rigurosamente lógico, esto es, un poder deductivo que se funda en las consecuencias y obra en el sistema de las aplicaciones. No habiendo esta facultad primordial para crear principios y suplir hechos, claro es que todo sistema científico y toda tradición de una cosa meramente humana en el orden espiritual y moral debía ser hipotético en la mayor parte; y ya se ve que sobre tales cimientos no podía levantarse á la verdad y á la virtud un sólido y grandioso monumento entre los hombres.

8. "Al contrario, supuestos aquellos principios cardinales, la razón parece cambiar de luz, de fuerza y de poder; porque poseyendo el principio, el fin y el medio, su acción quedó regularizada; y mientras no se apartase de los puntos extremos y de la línea recta, su movimiento debió ser seguro, su acción fecunda, sus resultados felices. Hé aquí lo que sucedió precisamente con la creencia. Apoderada del Símbolo, poseyó de un golpe todos los dogmas fundamentales, adquirió una luz que le disipaba las tinieblas de la historia y de la filosofía antiguas, comprendió el bien y sus medios, y sorprendió en sí misma el secreto de la verdadera felicidad.

9. "El Símbolo pues, no solamente da las ideas netas y precisas de Dios y de la Iglesia, lo que bastaba ya por sí para encumbrar á tan eminente altura la razón del cristianismo, sino que nos instruye con tanta claridad y suficiencia, con tan admirable perfección y exactitud acerca del hombre y del mundo, que los conocimientos de un simple aldeano bastan para avergonzar á cualquiera de los antiguos filósofos. "Para apreciar toda la sublimidad hasta donde se eleva la sencillez del Símbolo católico, dice un escritor moderno, observad con qué caracteres tan distintos, tan espléndidos y prominentes traza la historia del hombre y del mundo; observad cómo cada uno de sus artículos pulveriza infinidad de sistemas absurdos, imaginados por los filósofos paganos acerca de Dios, del hombre y del mundo, y reproducidos con tan poca vergüenza por los impíos modernos; en fin, cómo cada palabra de este símbolo es un rayo de luz que disipa una parte de las tinieblas en que había estado envuelta la razón humana desde el pecado original; y cómo la reunión de todos estos rayos luminosos forma el sol de la verdad, en cuya presencia desaparecen todos los errores, como las sombras de la noche ante el astro del día. Nosotros preguntamos á todo hombre de buena fe, si es posible hallar una cosa mas venerable, mas útil, mas sublime, mas consoladora que el Símbolo católico: á él debe el mundo moderno sus creencias, sus luces y sus costumbres." ¹

10. "Mientras el hombre se ocupa en la investigación de las primeras verdades, contando con el elemento de la duda por vía de método, su carrera es incierta y penosa, se

1 I. Gaume. Catechisme de Persévérance ou exposé historique, dogmatique, moral, liturgique, apologetique, philosophique et social de la religion, depuis l'origine du monde jusqu' á nos jours. Deuxieme part. Leçon XVIII.

mueve siempre con sus principios, y al cabo de mucho discurrir, de mucho hablar y de mucho escribir, viene á sorprenderse por último en la infancia de la verdad. Tal es la calificación que pudiera hacer de la escuela racionalista moderna y de la filosofía antigua un sabio católico. El movimiento de la razón considerado en la línea que describe, se ha de calcular no por las fuerzas impendidas en moverse, sino por la distancia recorrida de punto á punto. Si el de partida es movedido, está es, si es objeto de investigación y de duda, se vendrá siempre tras de la razón, y al cabo de mucho andar, el filósofo volviendo atrás la vista, verá con sorpresa que no ha dado todavía ni el primer paso. Al contrario sucede con el filósofo católico: profundamente poseído de las verdades fundamentales, no solo las conserva inaccesibles al contacto de la duda, sino que nada conoce mas profundamente cimentado ni radicado con mas fuerza que estas primeras verdades. Entónces, aplicándose á estudiarlas mas y mas, para percibir sus relaciones, sacar sus consecuencias y fecundarse en este provechoso trabajo, cada movimiento de su razón es un descubrimiento mas, cada paso un conocimiento cierto; y de esta suerte, cuando vuelve atrás la vista, observa con placer que sus puntos de partida están muy lejos, pero siempre bajo su mirada; que no se ha extraviado de su camino; que sus relaciones están fijas en ellos, sus consecuencias forman una cadena indefinida, pero atado su primer eslabon en los principios cardinales. Posee pues la filiación de los conocimientos que tiene, de una manera que al mismo tiempo es histórica, dogmática y filosófica. Su razón no es la simple razón humana; es la vista interna de la verdad bajo la forma de la ciencia y la forma de la fe: tiene expedito su recurso á la autoridad y al raciocinio; á la primera para ilustrar á los creyentes, al segundo para vencer á los incrédulos. Con esta doble palanca mueve todo el mundo intelectual, moral y político. Hé aquí la filosofía católica.

11. “La filosofía racionalista y la pagana son rigurosamente excepcionales en su género; no las alcanza nunca la razón común: todo en ellas es extraño para el pueblo. No acontece así con la filosofía católica: extiéndese toda por la humanidad entera, y aunque sea las fórmulas estrictas de una dialéctica demostrativa, figura en el espíritu de las masas, y figura como filosofía; figura en el sistema de las consecuencias y en el órden de las aplicaciones. Esta filosofía en la region de la ciencia es el dogmatismo demostrativo de los sabios católicos que, asociando la razón y la revelación, poseen la verdad íntegra, pura y práctica: en el pueblo es el buen sentido hecho visible en el órden, en el discurso, en la conducta: finalmente, en el movimiento espiritual y moral de todo el género humano, es la civilización producida por el cristianismo.

II.

12. Mas no nos detengamos aquí, amados hijos; hai que dar otros pasos, pues la verdad de la fe no es una mera especulación, sino tambien una escuela de virtud y de santidad: La fe, como ya os dije, tiene un significado estricto en cuanto representa solo nuestro asenso á la palabra divina, y un sentido de amplísima comprensión en cuanto significa tambien la consecuencia plena, constante y absoluta de nuestra conducta

con nuestra creencia. Entónces la fe simboliza á todo el cristianismo, abraza todo el designio y la acción de Dios en la regeneración y restauración completa de la humanidad: su historia es la de las promesas, representaciones y anuncios de un Redentor venido, perseguido, crucificado y muerto por el hombre, la de la Iglesia erigida sobre el ancho y profundo cimiento de los apóstoles y profetas por el mismo Jesucristo, como su piedra angular, la de esta Iglesia misma desde su origen hasta hoy, y la de sus mas ilustres hijos que han venido á manifestar un heroísmo que no conocia la tierra.

13. “El apóstol San Juan, hijos carísimos, con una profundidad verdaderamente divina, dejó escrito: *La victoria que vence al mundo es nuestra fe.*” Estudiad atentamente estas palabras, pues no necesitáis de otra cosa, para saber lo que ha sido, es y será la creencia del cristiano en el sistema de la conducta. “El hecho es notorio: la fe ha vencido al mundo, porque el cristianismo es el reino de la fe, y el cristianismo ha cambiado la faz de la tierra. “La moral evangélica, dice Chateaubriand, razón divina, apoya á la razón humana en sus progresos hácia un término al cual no ha llegado todavía, y el cristianismo, despues de haber atravesado las edades de tinieblas y de fuerza, constituye en los pueblos modernos la perfección misma de la sociedad.”¹ ¡Mutación verdaderamente divina, pero inexplicable sin la fe, que ha encarnado en el hombre gobernando sus sentimientos y dirigiendo su conducta!

14. Ya os he dicho que la creencia católica no es un mero convencimiento especulativo, mucho ménos una opinión: es el depósito humano de la palabra divina en toda su extensión intelectual y moral. El creyente cree para vivir de su fe, cree para asegurarse de su felicidad, cree con relación á la otra vida. Por esto la fe, considerada en toda su perfección, entraña la caridad y por lo mismo la esperanza: por esto, cuando no se anima de la caridad, es una fe muerta. Cuando la creencia vive en el hombre, anima á todo el hombre, domina todas sus facultades, se hace visible en su pensamiento y sensible en su acción.

15. Verdad es que el hombre, sujeto al influjo de sus pasiones, está expuesto á sufrir con demasiada frecuencia la muerte de su fe, y á mostrarse en su conducta inconsecuente con su creencia. Este es un hecho, un hecho de todos los siglos; pero un hecho que todavía merece ser observado. En el naufragio de la virtud no acaba la esperanza, y todos los elementos espirituales y aun externos parece que siempre esperan en una reacción moral. Hé aquí por qué la inclinación al bien y el arrepentimiento son tambien contemporáneos del hombre. Lo que importa observar pues á este propósito, no es por cierto si la vida moral de la fe debe ser perpetua para que el hombre no renuncie á su esperanza; sino mas bien, hasta qué punto influye, para la reacción moral de la virtud en las buenas inclinaciones y el arrepentimiento, la presencia de la fe, aun cuando, habiendo sufrido la muerte moral, solo tiene la vida dogmática en el alma.

16. Antes del cristianismo, en los pueblos gentiles, esta reacción solo contaba con las fuerzas de la naturaleza generalmente hablando, y por lo mismo el hombre no podia contar con una esperanza fundada, en las crisis diversas de su vida moral; pero en el cristianismo, basta creer para esperar; basta obedecer al impulso de la esperanza y

¹ Discours prononcé devant le Cénacle.

corresponderle con las fuerzas de la naturaleza, para dar á la inclinacion al bien una accion maravillosa, y al arrepentimiento del mal un poder decisivo. El creyente, no solo siente la presencia de la verdad, sino que cree tambien en la existencia y accion de la gracia. Esto le basta para buscar la segunda, y buscarla le basta para obtenerla; porque "el que pide recibe, y el que busca encuentra." Hé aquí, pues, cómo la vida moral de la fe cuenta, no solo con un primer nacimiento, sino con una resurreccion instituida en el perdón de los pecados. Resulta de lo expuesto que la creencia entraña un doble elemento, el de la produccion y el de la reaccion. Con el primero instituye las virtudes gobernando santamente la conducta; con la segunda reanima los cadáveres, esto es, hace aparecer de nuevo en el alma la vida moral de la fe con la reaparicion de la caridad mediante la gracia.

17. "Infiérese de lo dicho, que la creencia reune cierta especie de omnipotencia moral en favor de la virtud, y esto no sucede, sino porque su existencia en el entendimiento no es la de una simple conviccion; es la de toda la felicidad comprendida, esperada y amada con la doble fuerza de la gracia y de la naturaleza. Observemos ahora, para concluir, los prodigios de la creencia en la historia del pueblo católico. Estos prodigios brillan en todas las gerarquías de los Santos, á las cuales corresponden todas las de aquellas almas justas, que sin haber sido inscritas en el catálogo de los primeros, son objetos agradables á los ojos de Dios, venerables y maravillosos á los ojos del mundo. Los apóstoles, los mártires, los confesores, los doctores, las vírgenes, &c., &c., presentan, como en una bella galería, todos los triunfos de la creencia en la historia de la conducta, y vienen á servir como de un desarrollo práctico al sublime pensamiento del Evangelista con que abrí este discurso.

18. "Doce pobres pescadores creyeron en Jesucristo y le siguieron, porque su creencia les hizo ver en él el camino, la verdad y la vida. Entonces Jesucristo les destinó para propagar la fe por todo el mundo. De hecho, apenas el Espíritu Santo descendió sobre ellos, su creencia se hizo sentir en su alma bajo el triple carácter de la luz, del amor y de la fuerza. Limitados, miserables y débiles, fueron despues los depositarios y distribuidores de las eternas verdades, los maestros de la moral y las columnas sobre las cuales habia de apoyarse todo el edificio de la fe. Sufrieron todos los embates con una firmeza sobrehumana; predicaban á Jesucristo con un celo divino: no les arredaban ni la inclemencia, ni la distancia, ni las dificultades; no les detenía el hambre ni la sed; no les imponía temor ni el furor de las turbas, ni el armado brazo de los tiranos. De esta suerte los apóstoles quedaron á la faz de los siglos, no solamente como los primeros heraldos del Evangelio y las primeras víctimas inmoladas por los enemigos de Jesucristo, sino tambien como el mas sublime de los Coros que habian de aparecer en el gloriosísimo panteon de los Santos. ¿Cómo explicar todo esto? Con una sola palabra: *creyeron*; no se necesita mas.

19. "Los apóstoles dejaron en sí todos los ejemplos, todos los modelos, las experiencias todas á los futuros adoradores de la Cruz y propagadores de la palabra divina. Sigue pues á ellos el innumerable ejército de los mártires, de esos nobles y gloriosos atletas de la verdad que convirtieron al mundo con su sangre, que introdujeron la creencia

con el sacrificio de su vida, que hicieron caer pueblos enteros convertidos ante sus cadalsos, que hacian rendir cada uno de ellos con su muerte el ciento por uno al reino de Jesucristo, pues que "la sangre de los mártires, dice Tertuliano, era una semilla de cristianos." Ahora bien: ¿cómo explicar este predominio sublime sobre todos los sentimientos de la naturaleza, que anonada el temor de la muerte ante la perspectiva espiritual de los cielos; que humilla pueblos y reyes con el santo desprecio de una vida que no es la eterna, de una vida cuya pérdida deja intactos los fueros del espíritu y los últimos destinos del hombre? ¿Cómo explicar aquel santo entusiasmo que se sobreponía tantas veces á la edad y al sexo, para que los futuros siglos venerasen en las catacumbas del niño, de la tierna doncella, del robusto jóven, del hombre maduro, del anciano achacososo, una fuerza que por esta universalidad con que triunfa en todas las edades y en todos los sexos, denuncia un vigor, un poder que no pertenecen á la tierra? ¿cómo explicar todo esto, repito? con una sola palabra: *creyeron*.

20. "Pasemos ahora nuestra vista por ese pueblo innumerable, compuesto de aquellos que, dejándolo todo por Jesucristo, no quisieron vivir sino para él: de aquellos que bien penetrados de la eterna verdad que creían, convirtieron su vida toda en una profesion continua y universal de su creencia, mereciendo así que la Santa Iglesia les colocase en la excelsa categoría de los confesores. Sus palabras eran un homenaje constante á su creencia; su conducta era su fe toda en movimiento y en accion: aunque no derramaron su sangre, dispuestos estuvieron á hacerlo, y muchos de ellos descendieron á la tumba con el sentimiento de no haber sido inmolados en el martirio. Consecuentes en todo al espíritu de la doctrina que profesaron, declararon abierta guerra á todas las pasiones, peleando siempre al lado de la moral: su vida es un pasmo de abnegacion y de penitencia; un fenómeno si se quiere, pero inexplicable por sola la naturaleza, y cuya última razon viene á encontrarse en el poder irresistible de la gracia. Estos hombres, pasando su vida en los desiertos despues de haber renunciado al mundo, á la comodidad, al brillo, á los placeres, &c., &c., no piensan, no hablan, no obran, sino para dar la gloria, el honor y la alabanza constantemente á Jesucristo. ¿Cómo explicar este conjunto de maravillas que en sí contiene y encierra la vida moral de los confesores? Con una sola palabra: *creyeron*.

21. "Entre estos figuran cubiertos de un esplendor perdurable aquellos hombres que atesoraron y distribuyeron sin cesar entre los pueblos la doctrina católica: ya sosteniendo victoriosamente ruidosas polémicas contra los herejes é impíos, ya encareciendo con la lógica mas estrecha y el estilo mas bello las glorias del cristianismo, ya ilustrando las mas graves cuestiones de la ciencia para inculcar y desenvolver sus principios, eran el pasmo de su siglo, y merecieron apellidarse lumináres de la doctrina y doctores de la Iglesia. Vedes hijos míos, cómo por una parte mantienen humillada su razon ante la fe, mientras por otra se encumbran á las mas sublimes concepciones y adquieren en la region de la ciencia y en el poder de la razon misma el cóntuplo de lo que renuncian, haciéndose pequeños y sencillos para merecer las altas revelaciones del Hijo de Dios, y fecundándose en estas revelaciones excelsas, para dar un testimonio perdurable al poder universal de la doctrina católica. Eran talentos clarísimos, pero nun-

ca pretendieron emancipar su razon; eran génius de primer orden, pero nunca intentaron atraer hácia su pensamiento las miradas y los tributos que buscaban tan solo para los dogmas; eran sapientísimos, pero hacian profesion de no querer saber otra cosa que á Jesucristo crucificado. ¿Cómo explicar este arcano de abnegacion, la mas difícil que puede darse, la de la razon y de la inteligencia, la del talento y el genio ante los misteriosos velos de la fe? Con una sola palabra: *creyeron*.

22. "Las vírgenes presentan un cuadro tan tierno al mismo tiempo que tan sublime, que por sí solo bastaría para opacar todo el esplendor que pudieron tener los siglos anteriores al cristianismo. Desde aquellos tiempos felices en que llevaban al desierto la bella flor de la mas encantadora virtud, para que creciese entre las espinas y viviese en la soledad, hasta la época presente, en que los desposorios místicos de la virginidad con Jesucristo han sido elevados á una institucion en que la vida monástica presenta á las vírgenes cultivando todas las virtudes y elevando continuamente hácia Dios el incienso de la oracion en el retiro de los claustros, el alma se extasia contemplando el poder de la gracia sobre el corazon en la historia de la virginidad cristiana. Tres cosas hai en el hombre que le arrebatan sin cesar: el instinto de la comodidad, el movimiento del albedrío y los impulsos de la naturaleza: para renunciar á cualquiera de estas cosas, es necesario ser mas que hombre. Pues bien, no los ánimos mas varoniles, no los caracteres mas esforzados ó intrépidos, sino las tiernas vírgenes, estas creaturas delicadas, son las que presentan en un solo sacrificio el cuadro de todas las abnegaciones. Pronuncian sus votos, y á un golpe decisivo de su voluntad lo dejan todo para siempre por Jesucristo. Profesan la pobreza, renunciando á todas las comodidades de la vida y cambiándolas con la mira de la mortificacion y de la penitencia: profesan el claustro, y dejan para siempre al padre, á la madre, al hermano, á todas las conexiones inocentes de la vida, el hogar doméstico con todas sus memorias, con todos sus atractivos, con todas sus esperanzas: profesan castidad perpetua, y en las primicias mismas de su vida inmolan ante una cruz de madera, las gracias de la edad y del sexo, las tendencias de la naturaleza y las miradas apasionadas del mundo: profesan la obediencia, y con solo esto renuncian á su libertad y á su albedrío, y no parece sino que, al pronunciar este voto sublime, recogen todas las fuerzas de la voluntad y de la libertad para herirlas, matarlas y sacrificarlas para siempre en el altar del Cordero. ¿Cómo explicar este sacrificio sublime adonde no alcanzarían jamas con la suma de su poder todos los recursos de la naturaleza? ¿Con qué luz contarémos para comprender el por qué de esta inmolation heroica? Con la que despide hácia la razon católica esta sola palabra: *creyeron*."

23. Tales son los efectos de la creencia en la conducta, y tales al mismo tiempo las gerarquías históricas que el pueblo de los santos ofrece á la edificacion y á la admiracion en esa galería celestial donde aparecen en su respectiva escala los apóstoles, los mártires, los confesores, los doctores de la Iglesia y las vírgenes cristianas.

24. Mas os dije al principio que la creencia católica restauró, no solamente al hombre intelectual con su ciencia propia, no solamente al hombre moral con su código legítimo sino tambien al hombre social; y este es el último punto de vista bajo que me propuse

considerar la primera palabra de nuestro Símbolo, para daros á entender hasta dónde han llegado las influencias poderosas y felices de la creencia católica.

III.

25. No me detendré mucho sin embargo en explanaros esta prueba, pues para mi propósito, que es llamar vuestra atencion hácia el influjo social de la creencia, basta fijaros en lo que de mas notorio presentan la familia y el Estado.

26. Sin duda alguna que la naturaleza, impulsando la union de los sexos para la propagacion de la especie humana, deposita los elementos primitivos de esta sociedad fundamental que llamamos *familia*, y la lei natural bien atendida la dió á su turno reglas y preceptos para constituirse y conservarse bien. Mas pervertida la naturaleza humana y oscurecida la lei natural en consecuencia del pecado, la familia sufrió las consecuencias precisas de tan inmenso mal, no contando con otras garantías que las efusiones ó sentimientos recíprocos del corazon, y eso que se llama opinion pública. Mas el sentimiento, hijos míos, cuando no tiene otro apoyo que la simple naturaleza, es un recurso impotente para conservar ilesa esta institucion, asegurando la mutua fidelidad entre los esposos y el empeño comun de conservar la paz doméstica. La simple naturaleza es impotente, ya lo sabéis, contra lo que parece estar en el sistema de sus mismos hábitos, y por lo mismo, sin una fuerza superior á la de un sentimiento simplemente natural, es mai difícil, por no decir imposible, que prevalezca en la familia la lei del espíritu sobre la lei de la carne, y se sostenga no solo material sino afectuosamente la union que formó la voluntad y perpetuó la lei. No ha faltado, es verdad, enteramente del mundo, la lei de la naturaleza; pero se oscureció tanto y sufrió tal confusion con la mezcla de opiniones extrañas, hijos míos, que sus preceptos parecieron mas bien consejos de la ciencia que sanciones de la Divinidad: circunstancia que, influyendo en las costumbres y pasando á las leyes, desnaturalizó enteramente la familia, instituyó el despotismo doméstico, reduciendo á la mujer á una paliada esclavitud y condenando á los hijos no pocas veces á una condicion que hace estremecer: la poligamia llegó á ser general, y en consecuencia todo manifestó que el orden, la conservacion y el objeto moral de la familia habian desaparecido casi totalmente. Mas el cristianismo restablece con la gracia esta union de la naturaleza, la inaugura con un sacramento, la regla con su moral divina, y la sostiene con la fe. Los esposos toman un carácter mui elevado: el varon ejerce un poder, todo de benevolencia y amor, obedece á Dios gobernando á su familia: la muger vuelve á ser su compañera, y los hijos unos objetos de la mas tierna solicitud, cuya felicidad se procura formando su entendimiento y santificando su corazon. De esta suerte, hijos míos, la familia se restableció por la fe: la gracia fortalece el carácter moral de los esposos: la fe les habla de una vida y una muerte eterna que somete la voluntad á la lei, dignifica el amor, perpetúa el sentimiento, ennoblece los afectos, garantiza los deberes y conduce al hombre á la felicidad como esposo y padre; á la muger como madre y esposa, y á los frutos de la union conyugal, como hijos y hermanos.

37. Reformada de esta suerte la familia por la creencia, se adelantaba mucho la restauracion moral y política de la sociedad civil, puesto que ésta tiene sus elementos y primer tipo en aquella. En efecto, no podia constar de elementos moralizados un todo, permaneciendo inmoralizado: esto seria inconcebible. Pero hai más: la sociedad civil ha recibido de la creencia católica no solo aquellas ventajas que nacen de la moralidad de la familia, sino grandes medios é inmensos recursos de organizacion, régimen y estabilidad. La creencia pone á Dios constantemente á la vista de los gobiernos y de los pueblos, sometiénolos á entrambos á la Lei divina. ¿Qué debía resultar de aqui? Tres consecuencias importantes: primera, dar á los pueblos una legislacion eminentemente moral que ántes no conocian; segunda, establecer una garantía recíproca de los unos hácia los otros, pues en el solo hecho de estar sometidos igualmente á la Lei de Dios, los pueblos contaban con la garantía de la religion contra los abusos del poder, y los gobiernos con la influencia poderosa de la moral contra el desenfreno de las masas; tercera, fundar la política en la moral, y ésta en la religion: cadena estrechísima y la única, digase lo que se quiera, que ha podido consolidar en el mundo las instituciones sociales. Verdad es que sin embargo de la creencia con sus inmensos recursos, la sociedad civil no está exenta de trastornos y conmociones, efecto inevitable de la condición humana; pero tambien es cierto que tan terribles sacudimientos en el cuerpo social son ménos desastrosos hoy que en los tiempos antiguos. La religion cristiana, que á veces no puede ganar el primer lugar para sofocar el incendio al nacer, queda siempre como en expectativa de una coyuntura favorable para restablecer la concordia, extinguir los odios y reconstruir el edificio social, haciendo servir su creencia y su código de justicia para volver á poner en armonia el mando y la obediencia, mediante la moralidad de los magistrados y los pueblos, y la justicia de las leyes.

28. La vida moral del individuo puede servirme aquí de un término excelente de comparacion, amados hijos, para comprobar mi aserto. Sucede con demasiada frecuencia que un hombre no solo pierde la virtud, sino que se abandona de tal suerte á los excesos de las pasiones, que parece morir del todo para la esperanza. Pues bien, amados hijos, figuraos en este caso á dos hombres; uno que todavía cree, y otro que no cree nada: estas dos individualidades representan bien los dos objetos que aquí comparo; las sociedades anteriores al cristianismo, que carecian de una revelacion y solo contaban con la razon natural, y las sociedades modernas, cuando en medio de sus conmociones políticas conservan todavía el tesoro inapreciable de la fe. ¿Qué sucede con el primer individuo! que su pérdida es irreparable. ¿Qué sucedia en las sociedades antiguas! que el mal progresaba siempre, y nunca tuvieron en la realidad una verdadera restauracion. Si á veces parecian sosegar las borrascosas oleadas, era mas bien la tregua del cansancio que el efecto de la concordia y el maduro aprovechamiento de los desengaños. Considerad ahora, hijos míos, al pecador del cristianismo: hallarásle figurado magníficamente bien en el Prólogo del Evangelio. La fuerza del dolor, el poder de los remordimientos, las miserias del crimen, la postracion del vicio suelen formar allí en el fondo del alma un sentimiento indefinible: suponed que este sentimiento se encuentra casualmente con la esperanza, y diréis: "este hombre se halla extraviado, este hombre

llegó á la última degradacion, mas no está del todo perdido, pues le queda una esperanza." Y es así, católicos: la fe viene á ser una reserva inmensa para la restauracion del hombre moral: la fe sabe que hai una piscina eficaz, y que se brinda para cuantos de ella viven; tiende una mano, digámoslo así, al hombre de la última desgracia, y al tendérsela, le da una triple voz de alarma, de esperanza y de consuelo. Ahora bien: este hombre figura las sociedades cristianas: agítanse fuertemente; trábanse las mas sangrientas luchas; precipítanse todas las pasiones arrasando todos los diques, y el cuerpo social parece que va á morir. Sin embargo: ¿hai una creencia comun, profesa este pueblo la doctrina de Aquel que vino á traer la paz á la tierra? No desesperéis: llegará el momento señalado por la Providencia: cada uno volverá sobre sus pasos, y el orden social reaparecerá bajo el influjo de la creencia religiosa. Si quisiese yo confirmar esta doctrina con los ejemplos, necesitaría tal vez escribir un libro. Pero hai uno de inmensas proporciones, uno que levanta mas en el dilatado campo de la historia; la revolucion francesa del pasado siglo: inmensa erupcion que agitó al mundo y arrojó sus lavas hasta las últimas extremidades de la tierra: fermento inaudito de pasiones, que no dejó nada por destruir: historia, tradiciones, creencias, instituciones, intereses; todo lo acabó, sobre todo descargó sus golpes de muerte. ¿Quién, á la vista de aquel estrago, de aquellas múltiples é inmensas locuras, de aquellas furias vomitadas del averno, que recorrian con la tea y el puñal por todas partes, y penetraban hasta los últimos asilos del hogar doméstico, no habria predicho el exterminio absoluto de aquella nacion ilustre? No fué así empero; terminóse la crisis; calmóse aquella fiebre social, y á poco la creencia pasea su vista y su corazon por aquel campo de ruinas, reanima sus miserables restos, y hace aparecer á la nacion ilustre con una nueva juventud y una nueva gloria.

29. Tal es la fuerza restauradora de la creencia, tal es el influjo que ejerce sobre la misma sociedad. Esta necesita leyes, y aquella le da un código perfecto; necesita costumbres, y aquella le da una moral pura; necesita garantías, y aquella consagra la magistratura civil como un ministerio, é inscribe los actos de la obediencia en el catálogo de los deberes y de las virtudes. En fin, la creencia católica es el mas poderoso elemento del orden público y de la prosperidad social: encierra cuanto necesario es para que los pueblos se constituyan, se conserven, se engrandezcan. Es luz para la razon, regla para la conducta, perfeccion para el individuo, constitucion definitiva, orden permanente, y eficaz garantía para la sociedad, felicidad para el individuo, la familia, la nacion y la humanidad entera.

30. Ved pues, amados hijos, todo lo que hai que considerar cuando como cristianos, como verdaderos católicos pronunciamos con atencion y reflexion esta palabra *creo*: ved el gran tesoro de conocimientos que representa; pues nuestro asenso es á la palabra divina, á esa manifestacion de verdad, de poder y de amor que lizo Dios á los hombres, como nos lo enseña la Escritura Santa: ved todo lo que dicen los labios al pronunciarla con relacion á la fuerza de nuestro asenso; cómo este asenso es el mas firme, el mas fuerte que se puede tener; cómo reúne todas las fuerzas de la naturaleza y todas las fuerzas de la gracia, siendo una virtud infusa que poseemos y ejercitamos con libertad: ved cómo esta creencia, por el conjunto de caracteres que la constituyen, ha venido

á ser para el hombre toda una plenitud; plenitud de verdad para su entendimiento por las altísimas revelaciones que posee, plenitud para la voluntad por las promesas inefabiles que espera, plenitud para la libertad por las infatigables reglas y eterna sanción de la Lei divina que la sujeta y el gran poder de la gracia que la fortalece: ved cómo este *creo* que un cristiano hace pasar de su corazón, á sus labios, expresa la conciencia mas plena de la verdad, la confianza mas tranquila en las promesas; cómo la creencia es no solo verdad reconocida y confesada por el individuo, sino vínculo estrechísimo de toda la sociedad católica y distintivo de todos los hijos de Dios en la dilatada carrera del tiempo. Habéis admirado sin duda esa transformación maravillosa producida por la creencia católica en toda la humanidad, esa regeneración de la inteligencia, cuyos horizontes se iluminan y se dilatan; del corazón, transformado en santuario de la Divinidad y conducido hasta un heroísmo de virtud que la tierra no conocía; de la libertad, encumbra con el doble poder de la naturaleza y la gracia hasta la altura sublime de una abnegación universal; de la sociedad, repuesta en sus bases primitivas, moralizada en su legislación, consagrada en su gobierno, santificada en la obediencia. ¡Cuántos bienes, hijos míos! ¡Cuán liberal es este Dios que así se ha portado con sus creaturas! ¡Cuán magnífico en sus dones! ¡Cuán amoroso en sus designios! ¡Ah! ¡Por mucho que el alma se dilate y extasíe, nunca podría, tenedlo por cierto, llegar á comprender toda su grandeza, apreciar debidamente los tesoros de su fe! ¡Sea Dios, amados hijos, bendito y alabado por los siglos de los siglos! Nunca dejéis de elevar vuestro corazón á Su Majestad y presentarle sentimientos correspondientes al inmenso beneficio de la fe: pedidle sin cesar que os conserve, que os afirme en ella para siempre, que os la dé tan universal como la presenta el Apóstol, cuando dice que el justo vive de la fe, tan viva y santa que recoja en vosotros el triple homenaje de la creencia, de la esperanza y del amor. ¹

¹ Todos los párrafos colocados entre comillas en esta instrucción sin una cita [especial, los he tomado en extracto de mi obra intitulada *Exposición de la Doctrina católica sobre los dogmas de la religión*, Libro primero, capítulos VII, VIII y IX.



PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

QUINTA INSTRUCCION.

SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS.

Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus.
Dijo el necio en su corazón: "No hai Dios."
Ps. XIII, v. 1.

¹ EN la precedente instrucción, amados hijos, procuré daros una idea clara y precisa de todo lo que representa la primera palabra del Símbolo católico *creo*, con el fin de que entendieseis bien cuál es el verdadero carácter de este asenso que tributamos á las verdades que Dios nos ha revelado y la Iglesia nos propone, y cuál tambien el influjo de la creencia católica en el desenvolvimiento y marcha de la razón humana, en la perfección de la conducta individual, y en la constitución, firmeza y orden de toda sociedad. Ahora debo entrar en la exposición de estas verdades mismas, hablando de cada una de ellas en el orden con que las presenta el símbolo de los apóstoles. ¿Cuál es la primera verdad que profesamos en este símbolo? La de un Dios perfectísimo, eterno, inmenso, soberano y Señor de todas las cosas. Esta es en efecto la verdad por excelencia, porque sin ella no habría verdad ninguna; es la verdad primitiva, puesto que representa la primera causa, sin la cual ningún conocimiento tendríamos de los efectos, y por consiguiente quedaría nuestro entendimiento sumergido en el caos; es la verdad fundamental, porque sobre ella se levanta el noble y grandioso edificio de la sabiduría, decorado con la doble luz de la inteligencia y de la fe; es la verdad mas íntima para el hombre, pues que representa su primer principio, rige todos los pasos de su vida física y moral, y encierra el conocimiento, las promesas y la seguridad infalible de conseguir